

Tienes celos aun de mis desdenes hacia á Isabel y quieres matarme para no avergonzarte de amarla.

¡Hazlo pues, ó déjame en libertad!

Bernardo de Carvajal oprimió con sus crispadas manos sus dos ojos, á fin de que no pudiesen brotar de ellos las lágrimas de dolor que le arrancaron las palabras de Jerónimo Ruiz, y al fin de aquella muestra de horrible desesperación, con voz temblorosa dijo:

—Tenías razón. Has vencido. Te deajo en libertad. ¡Jerónimo Ruiz, eres un villano y un infame!

Sacrificio de amor

En el piso superior, el balcón del centro, pues los de Jerónimo Ruiz se alejó sin hacer la más mínima atención de las últimas palabras de Bernardo de Carvajal, y éste, después de haberle visto alejarse, tomó el camino que le conducía á la casa de Isabel de Rioja.

La casa habitada por aquella hermosa joven no estaba mucho de la orilla del río, y era una de las más coquetas y graciosas construcciones de Sevilla.

Constaba de dos pisos.

En el bajo, que es el preferido en los extraordinariamente calurosos días de verano, abríanse grandes ventanas defendidas por fuertes y elegantes rejas, cuyos complicados adornos, que sin duda contentaron la inventiva y destreza del herrero forjador, dábanle casi la apariencia de una muestra caligráfica.

En el piso superior, el balcón del centro, pues los de

Tienes celos aun de mis desdenes hacia á Isabel y quieres matarme para no avergonzarte de amarla.

¡Hazlo pues, déjame en libertad!

Bernardo de Carvajal oprimió con sus crispadas manos sus dos ojos, á fin de que no pudiesen brotar de ellos las lágrimas de dolor que le arrancaron las palabras de Jerónimo Ruiz, y al fin de aquella muestra de horrible desesperación, con voz temblorosa dijo:

—Tenías razón. Has vencido. Te deajo en libertad. ¡Jerónimo Ruiz, eres un villano y un infame!

Capítulo V

Sacrificio de amor

Jerónimo Ruiz se alejó sin hacer la más mínima atención de las últimas palabras de Bernardo de Carvajal, y éste, después de haberle visto alejarse, tomó, siguiendo opuesto camino, el que conducía á la casa de Isabel de Rioja.

La casa habitada por aquella hermosa joven no estaba mucho de la orilla del río, y era una de las más coquetas y graciosas construcciones de Sevilla.

Constaba de dos pisos.

En el bajo, que es el preferido en los extraordinariamente calurosos días de verano, abríanse grandes ventanas defendidas por fuertes y elegantes rejas, cuyos complicados adornos, que sin duda contentaron la inventiva y destreza del herrero forjador, dábanle casi la apariencia de una muestra caligráfica.

En el piso superior, el balcón del centro, pues los de

más huecos eran ventanas, lucía una primorosa barandilla también de hierro, que ensanchándose en pronunciadas curvas en su mitad inferior, afectaba la forma de una urna, graciosa y elegante como las rejas del piso bajo.

Los marcos de todos los huecos, inclusive el de la puerta de entrada, estaban trabajados según la rica ornamentación morisca, copiando en lo posible los encajes de piedra del alcázar, y de la justamente célebre *puerta del perdón* del atrio de la catedral.

Al fondo del zaguán, una preciosa reja, de rigór en las casas sevillanas, defendía la entrada del patio, patio bellissimo como lo son todos los de la ciudad, enlosado de mármol blanco y azulado, y rodeado de esbeltas columnas de una pieza y de delicados arcos ojivales, todo ello del mismo mármol blanco.

Los frisos del zaguán, los corredores y habitaciones del piso bajo, estaban formados de bellisimos azulejos, reproduciendo en vivos colores los caprichosos dibujos moriscos.

A la altura de la azotea, todas las casas de Sevilla la tienen, corría un gran *velum* ó toldo de lona dispuesto para proteger el patio contra los candentes rayos del sol andaluz, y en aquella apacible media luz veíanse en orno de las columnas del corredor y de la pequeña fuente del centro, con su moviente surtidor de cristalina aguas, grandes macetones con toda especie de arbustos y de flores de pronunciado y gratisimo aroma.

Los patios de Sevilla, que no tienen semejanza en ningún otro país, son durante la época del calor transformados en el salón principal de la casa y como tal se adornan y decoran y se iluminan en la noche.

Nada tan grato como contemplar á través de los cala-

dos de las rejas de entrada, á las hermosas sevillanas meciéndose con agraciado abandono en sus movibles asientos, en aquellos preciosos patios de mármoles que participan, en original consorcio, del salón y del jardín.

Al penetrar en el *jardín-salón* de la casa de Isabel, en él la halló Bernardo de Carvajal.

—¡Solo!—exclamó la joven con triste desaliento.

—¡Solo, si, ya lo veis!

—¡No ha tenido valor para presentármese de nuevo!

—¡No lo ha tenido, en efecto: sois, Isabel, tan hermosa, que es imposible que nadie tenga valor para decirnos adios!

—¡Luego, parte! ¿se vá quizás esta noche!—exclamó Isabel casi llorando.

—Probablemente no volveréis á verle hasta su regreso de las Indias.

—¡Pero, Dios mío, entonces no me quiere ya!

—¿Por qué lo dudais, Isabel? ¿no os lo ha dicho hoy mismo él?

—¡Ah! Bernardo de Carvajal, no sabéis mentir: en el tono inseguro de vuestra voz conozco que queréis engañarme.

¡Jerónimo Ruiz ya no me quiere!

Pero ¿qué estoy diciendo?

¡No, no es posible que eso sea!

Tengo su palabra de caballero.

Creo valer demasiado para que Jerónimo Ruiz no haya visto en mí sino una mercenaria amante, y como á tal me trate.

Si yo cedí á la magia de su seducción, fué en el concepto que Jerónimo Ruiz habría de hacerme su esposa, pasado el año del luto de su padre.

El plazo está próximo á terminar; Jerónimo no puede faltar así á sus juramentos!

—Jerónimo Ruiz no quiere casarse con vos, Isabel, hasta haber rechecho su fortuna, que ha perdido al juego.

Dice que su esposa no debe vivir en la estrechez, ni en las sombras de la miseria vulgar, sino en la opulencia, en la abundancia, en el esplendor de todas las grandezas.

Hé ahí el motivo justo de su firme resolución de ir á las Indias.

Mientras de ellas vuelve, os recomienda que no os mováis de esta casa, con la cual nada tienen que ver sus acreedores, y os dice que por mi conducto recibiréis cuanto podáis necesitar para manteneros en el pié de comodidad que os corresponde y desea disfrutéis.

Soy vuestro mejor amigo y espero no tratéis de tener queja del apoderado de Jerónimo Ruiz.

Conforme Bernardo de Carvajal había ido adelantando en relación, Isabel había ido irguiéndose con suprema dignidad, y cuando su amigo concluyó dijo ella:

—Bernardo de Carvajal, decid á Jerónimo Ruiz que cuando haya de necesitar un amigo que le disculpe, no lo elija como hoy lo ha elegido, entre sus amigos honrados, sino entre los falsos y malos caballeros como él.

Bernardo de Carvajal, el recado que me dais no os lo dictó vuestro amigo, os lo dicta sola y únicamente la piedad que de mí tenéis, la compasión que os inspiro.

Negadlo si os atrevéis.

—Isabel, vos misma os hacéis infeliz con vuestras cavilaciones.

—Lo repito, Bernardo de Carvajal, sois por demás bueno y honrado, para poder triunfar en la defensa de malas causas.

—La casa que habito no pertenece á Jerónimo Ruiz, ni tiene Jerónimo Ruiz fondos que pueda encargarnos de suministrarme.

—Si acaso os ha dicho otra cosa os ha engañado.

—Isabel, puedo juraros que no hace una hora que me aseguré lo que de deciros acabo.

—¡Mintió entonces!—repuso Isabel con energía.

—Mientras con él hablabais, puesto que me aseguráis que no ha pasado una hora, he recibido una desagradable visita.

—La del judío Isaac.

—El usurero....

—Sí, el usurero, á quien Jerónimo Ruiz tiene empeñada su fortuna.

—Y qué es lo que ha autorizado al gusano para meterse en el jarrón de la flor escogida?

—Jerónimo Ruiz le ha vendido anoche mismo esta casa, como último resto de su capital.

—Eso es infame!—exclamó Carvajal sin poder contenerse.

—Vos lo habéis dicho.

Sin duda Jerónimo Ruiz ignoraba que dispuesta estoy á no conservar sobre mi la ropa que visto, si hallo que á él le pertenece, y así como me ha arrojado de mi perjurio corazón, ha querido arrojarme del nido de mis amores, que profanó con su infamia y villanía.

—¿Podréis defenderle aún, Bernardo de Carvajal?

—Aun puedo, si á ello os prestáis, proporcionaros algún consuelo.

Isabel tomó del nuevo su enérgica y digna actitud y contestó:

—Ved lo que vais á decir, Bernardo de Carvajal: no

puedo creeros capaz de ofenderme como de ofenderme acaba el miserable judío que tuvo la avilantez de decirme que podría seguir disponiendo de esta casa y de las cantidades necesarias para mis gastos con sólo permitirle visitarme como me visita Jerónimo Ruiz.

—Bien dijisteis: ¡el judío Isaac es un miserable!

—No tanto, sin embargo, como aquel á quien mereció las conferencias que conmigo le insolentaron.

No tanto como aquel que, para calmar las inquietudes del avariento Isaac y obtener de él nuevos préstamos, le participó que dentro de algunos meses habrá desposado una rica heredera, la hija de la condesa de Peralta.

No tanto como aquel que le aseguró para garantizar á Isaac sus préstamos, que un Jerónimo Ruiz no puede casarse con una mujer que tuvo la debilidad de creerle un hombre de honor.

¿Podréis aún, Bernardo de Carvajal, defender á vuestro amigo?

—No repitáis, Isabel, yo os lo suplico, esa pregunta que me lastima como sangriento reproche.

Al mismo tiempo que vos os convenciais de que Jerónimo Ruiz es un villano y un infame yo le lanzaba al rostro esos mismos denigrantes calificativos.

Si he procurado defenderle, no ha sido por él, sino por vos.

Comprendo lo que puede hacer sufrir á una mujer honrada y amante la conducta de un Jerónimo Ruiz.

Quise que creyeseis que yo lo ignoraba.

Pero pues vos misma me enteráis de lo sucedido, y como amigo y hermano me tratáis, yo os lo ruego, permitidme ser para vos un amigo y un hermano.

No os propongo que en esta casa continuéis sin interrumpir ni cambiar la vida que habéis llevado, porque no lo aceptaríais: lo sé: si de Jerónimo Ruiz la aceptasteis fué, porque juzgando que algún día seríais su esposa, cuanto antes de serlo os daba lo considerabais como un adelanto sobre lo que habia de perteneceros.

Pero como amigo y hermano vuestro, me juzgo en la ineludible obligación de buscaros una salida honrosa en el aprieto en que os halláis.

—Sin duda no querréis permanecer en Sevilla.

—Pues bien, yo os propongo que os trasladéis á las Indias.

—Ese es mi mayor deseo.

—Me felicito de ello, pues en ello veo vuestra salvación quizás.

La historia de vuestro padre, que uno de los amigos de D. Hernando Cortés, como sabéis, me ha transmitido, induce á creer que tal vez no sea difícil recuperar una parte al menos de vuestra fortuna.

Si esto se lograse, quién sabe si Jerónimo Ruiz, cuyos crímenes para con vos no nacen del desamor sino del extravío que en él ha producido la pérdida de su fortuna, volvería á vos amante y arrepentido.

No os ofendáis Isabel, con lo que os digo: lástima tendríais de mí si pudiéseis saber lo que en estos momentos padece mi corazón.

Pero no hagamos caso de mí, ni de mis penas.

Quizás os mortifique el que yo crea que viendoos rica, muy rica tal vez, Jerónimo Ruiz volviese á vos instigado por materiales intereses.

Pero al deseárol así, no es en él en quien pienso, sino en vos, adorable Isabel.

Perdonadme que con este cariño os trate.

Necesito conquistaros por completo para que no os lastiméis con lo que voy á deciros.

Vos lo sabéis.

Habéis sido no sólo mi verdadera, sino mi única pasión.

Cuando á la mía preferisteis la de Jerónimo Ruiz, no os aborrecí, porque me faltaba derecho para ello; pero sí me juzgué próximo á enloquecer de dolor.

Buscando distracción á mi pesar, y sabiendo que no había de encontrarla en el bullicio del mundo que se divierte, pedí esa distracción al estudio y adquirí noticias, si bien muy generales, de medicina.

¿Necesitaré deciros más para haceros comprender que en vuestro rostro he leído que os sentís madre?

Isabel cubrió rápidamente su rostro con sus manos y rompió á llorar con infinita amargura.

Y al notar que la joven infeliz no podía verle, también Bernardo de Carvajal dejó que sus lágrimas salvasen las vallas de la voluntad en que habíalas contenido y lloró á su vez la pérdida de sus postreras ilusiones.

Capítulo VI

Un día antes

PERO hombre era Carvajal, y pudo suspender aquel desahogo de su pesar, y cuando lo hubo conseguido dijo á la joven:

—Seamos fuertes, Isabel, y Dios tendrá piedad de nosotros.

La joven sintió impulsos de arrojarle á los piés de su amigo, que adivinándolo la contuvo añadiendo:

—Nada tengo yo que perdonaros, pues de ninguna falta puedo quejarme de vos.

—¡Ah! Bernardo de Carvajal, vuestra bondad es mi mayor castigo.

Si; es verdad, mi hermano sois; decidme lo que debo hacer y sin réplica os obedeceré.

Si; es verdad, Jerónimo Ruiz me abandona en los mismos momentos en que siento en mi seno una nueva vida.

Jerónimo no lo sabe, porque yo misma apenas me había dado cuenta de ello.

—¿Creéis que si lo supiese?.....

—Sería inútil decirselo.

En las actuales circunstancias no tendría de su hijo más piedad que la que á vos os ha negado.

—Entonces.....

—Es necesario que partáis para el Nuevo Mundo.

Es indispensable que allí busquéis las huellas de vuestro padre y tratéis de recuperar su fortuna, que, según nos han dicho, fué inmensa.

Si lo conseguís, que Dios ha de quererlo, comunicádselo á Jerónimo Ruiz, y por más que en ello haya de padecer vuestro amor propio, comprad, si es necesario, el nombre de su padre para vuestro hijo.

Esta horrible mortificación, si resignada la sufris, os rehabilitará ante Dios y salvará del oprobio vuestra fama.

—¿Pero cómo una sola infeliz mujer podrá hacer todo esto?

—Todo lo tengo previsto y preparado.

No iréis sólo á las Indias.

—¿Pretenderiais vos acompañarme?

—Hicierálo á poderlo hacer, pero mi energía no alcanza á tanto, Isabel.

Perdonadme mi debilidad, pero..... os amo aún con todo mi corazón.

—Carvajal.....

—No; nada temáis, os lo digo porque este amor no me cabe en el corazón y á pesar mío se desborda.

Pero sé que no queréis que os ame.

—Si, Bernardo de Carvajal, no lo quiero: y si en mi

estuviese borraría de vuestro corazón, de vuestra alma, de vuestro pensamiento, mi imagen y aun mi recuerdo.

Si, Bernardo, no es justo que vos seáis desgraciado por mi causa y porque me amáis.

Si aún fuese tiempo, si lo pudiese aún, os amaría, aunque no fuere más que por gratitud.

Pero, no; no lo es.

No soy digna de vos, ni lo fui jamás; por eso no quiso Dios que yo os prefiriese al hombre que me ha vendido y traicionado.

—¡Isabel, Isabel, me estáis matando!

—Es necesario que así sea: la franqueza de mis confesiones debe salvarnos á los dos.

¿Cuál no sería mi crimen si cediendo á mi admiración y á mi gratitud hacia vos, llegare á amaros algún día?

No; jamás podré cometer la infamia de amaros siendo como soy indigna de vos.

—Isabel, por piedad, no me hagáis entrever un felicidad que parece que á cada palabra vuestra se aproxima más á mí.

—No, Bernardo de Carvajal, resuelta estoy á que as no sea, aun cuando deba heriros de muerte.

¡Morid cien veces antes que dejáros arrastrar al abismo de mi funesto amor!

No, Bernardo de Carvajal, no debo amaros, y para convenceros de ello, oid lo que os digo, á vos, tan sólo á vos.

Jerónimo Ruiz, es un infame ¿no es cierto?

¡Pues bien, sin embargo, le amo, le amo, le amo!

¿Por qué?

¡Lo ignoro, pero le amo!

Pero no, no lo ignoro.

Le amo porque en mí siento agitarse una parte de su vida, y ese sér que á él se la debe me dice, allá desde lo íntimo de mi pensamiento, que por tal de no privarle del nombre que le corresponde debo hacerlo todo, hasta amar á ese monstruo de falsía y de ingratitud.

Bernardo de Carvajal procuró dominar su violenta emoción, y con voz insegura todavía repuso:

—Si, tenéis razón, Isabel, todo debemos ambos intentarlo por tal de no hacer un desgraciado más.

Leve vuestro hijo el nombre que le corresponde y vos aceptad como una nueva prueba de mi amor hacia vos, el que no me oponga á que por cualquier medio que sea me quitéis una última esperanza.

Ganad á Jerónimo Ruíz por el amor ó por el interés, pero ganadlo para vuestro hijo.

Todo lo tengo dispuesto.
Mañana partiréis para el Nuevo Mundo en un navío que saldrá del Guadalquivir.

No os acompañaré yo, ¡pero tampoco iréis sola; y la persona que á vuestro lado hará mis veces, será, así lo espero, digna de la confianza que pongo en ella.

Os advierto para vuestro gobierno que dicha persona ignora en lo absoluto vuestra situación física y moral.

Podéis, pues, marchar tranquila y obrar en completa libertad.

Es un médico, pero vuestro estado, sólo yo que os amo he podido adivinarlo.

Y más que por mis conocimientos en la facultad, lo adiviné por efecto de mi mismo amor.

Una circunstancia que os alejaba de mí más y más, no podía escapársele á mi perspicacia de amante y á mi cualidad de celoso, porque ¿á qué negarlo? os amo

hasta el grado de sentir crueles y desesperados celos.

—¡Carvajal, ved lo que decís!

—Sí: deliro, pero deliro de un dolor cuyo consuelo sé que es imposible.

Vuestro compañero de viaje nada sospechará; de ello estoy seguro.

Es un honrado y apreciable joven de veinte años de edad.

Hace próximamente otros seis que su familia se trasladó á México dejándole á él en la Universidad de Valladolid, donde ha hecho una brillante carrera, y regresa al seno de su familia cuyo jefe, un hombre tan ilustre como desgraciado, murió hará más ó menos, cinco años.

Conoci á este joven en Valladolid, donde le traté íntimamente, lo que me proporcionó ocasión de conocer sus mil bellas cualidades.

Es, á pesar de su corta edad, serio y reservado y capaz de cualquier sacrificio por servir á sus semejantes.

Dos días hace que vino á Sevilla, para embarcarse en la nave que le llevará á México.

No conoce esta ciudad y mucho menos á sus moradores.

Utilizando esta circunstancia y con objeto de dejaros en mayor libertad, si acaso os fuese necesaria, le he dicho al hablarle de vos que sois una parienta mía y que vuestro nombre y apellido son Isabel de Carvajal.

No le saquéis de este error, y mientras no os sea necesaria otra cosa, usad, yo os lo ruego, en memoria mía, mi apellido.

Así me olvidaréis con más dificultad.

A esta delicadeza de Bernardo de Carvajal, nada pudo contestar Isabel; las lágrimas y los sollozos la ahogaban.

No menos conmovido que ella Carvajal continuó diciendo:

—Mañana y al amanecer son el día y la hora destinados para la salida de la nave.

Yo vendré á buscaros á la hora precisa y á bordo os presentaré y conoceréis á Juan Ponce de León, que así se nombra el compañero que os he buscado.

Espero no os faltará valor para llevar adelante vuestro sacrificio.

Si así sucede, llegaréis al Nuevo Mundo unos dos ó tres meses antes que Jerónimo Ruiz, que esta noche debe salir para Toledo, según mis noticias, en secreto adquiridas de sus criados, pues él nada me ha dicho.

Quizá ese adelanto os bastará para hacer las averiguaciones de que vuestro porvenir depende.

En cuanto al dinero que podáis necesitar en vuestro viaje y en vuestra estancia en las Indias, Juan Ponce de León os proporcionará cuanto le pidáis: yo cuidaré de que jamás le falte lo necesario.

Creo que me perdonaréis el que así haya yo dispuesto las cosas: soy vuestro hermano, vos misma conviniesteis en ello: cuando la ocasión se presente y yo lo estime oportuno, os pediré la devolución de las cantidades que os haya facilitado.

Ya veis, hermana mía, que en todo he pensado y que si me ocupo de vos, no me olvido de mí.

¿Aceptáis todo del modo que os lo propongo?

Isabel de Rioja se arrojó llena de agradecimiento y deshecha en llanto en los brazos de Bernardo de Carvajal, que oprimiéndola contra su corazón, lloró también sin tratar esta vez de ocultar sus lágrimas, y no querien-

do prolongar tan dolorosa escena, se desató de los brazos de la hermosa y desventurada jóven y salió de la casa, diciéndole:

¡Adios, hermana mía! ¡hasta mañana, idolatrada Isabel!

que cuando recibas esta carta ya estaré á algunas leguas de esta ciudad en camino para Toledo.

»Perdóname el no habértelo dicho con oportunidad bastante para que me hubieras dado tus órdenes, pero me sobran y me sobran motivos para hacerlo así.

»Quizás supones que esta tarde me porté con cobardía sufriendo, bien á mi pesar, que me insultaras llamándome *infame* y *villano*.

»Algo de eso supongo yo también, pero la verdad es que en estos momentos amo la vida de un modo extraordinario.

»Juzgo que no he gozado de ella lo bastante; estimo que aun puedo disfrutar mucho conservándola, y soy franco, me creo muy inferior á tí en el manejo de la espada que tú me has enseñado, y tengo por cierto que te habría sido lo más fácil quitarme bonitamente de en medio.

»No quise por lo tanto ponerte en el caso de que tu conciencia te atormentase por mi muerte, acusándote de habérmela dado con la ventaja innegable de tu superioridad.

»Lo repito: necesito vivir.

»La condesa de Peralta ha tenido la amabilidad de enviarme una pasable miniatura, retrato de su hija Catalina.

»La pintura no hace gran honor al artista, pero sus mismos defectos hacen resaltar más y más los encantos naturales de mi bella y futura esposa.

»Creo que si es como parece, no tendré dificultad para enamorarme perdidamente de ella.

»En todo caso, siendo según creo pasablemente bonita, me costará menos violencia fingirla amor, si por desgracia no me lo inspirase.

Capítulo VII

Una carta

AL volver á su casa Bernardo de Carvajal, ya bien entrada la noche, uno de sus criados puso en sus manos, presentándosela en una bandeja de plata, una carta de Jerónimo Ruiz.

Tentado estuvo de romper el pliego sin leerlo, pero mudando de intención, dijo:

—No: tan villano es su proceder, que sólo deseo convencirme de que puede encontrársele fundada disculpa.

Y abriendo el pliego leyó lo que sigue:

«Mi buen Bernardo de Carvajal:

»Exige mi honor, mal parado ante tí, que te dé una explicación:

»No paso á hacerla personalmente, porque no deseo tener un disgusto contigo, y porque el tiempo que en Sevilla debo permanecer es tan sumamente limitado,

«Fingido ó real mi amor, yo me daré trazas para hacer de Catalina mi esposa, y entrar en posesión de sus bienes, que me aseguran son quince veces mayores que los tuyos y treinta por lo tanto superiores á los que *fueron* míos.

»Porque ¿á qué negarlo?

«Nunca he amado más el dinero que ahora que me encuentro en la más absoluta pobreza.

»Los *hados* y los *dados* me han sido igualmente traidores.

»Me propongo tomar la revancha de unos y otros, en cuanto me pueda trasladar á España con mi Catalina y sus bienes.

»Mas no me supongas por el tono ligero de esta carta, más alegre de lo que estoy.

»Llevo conmigo una gran pena, ó dos, por mejor decir.

»Dejarte á ti y abandonar á mi Isabel.

»¿Cuánto no diréis de mí uno y otro!

»Ambos á la vez habréis repetido que soy un infame y un villano.

»Mas no soy el culpable: las circunstancias son las culpables.

»Si el juego no me hubiese arruinado, nunca habría dejado de amar á Isabel.

»Es sin duda, á juzgar por el retrato, mucho, incomparablemente más bella que mi futura Catalina: esta parece algo vizca del ojo derecho; pero puede ser defecto del pintor, quiero decir, que él le haya atribuido sin tenerlo.

»Cuando yo llegue á México, Catalina tendrá diez y ocho años: esto es, la misma edad de mi Isabel.

»¿Cuánto va esto á recordármela!

»Conozco que no he procedido bien con ella.

»Así como un día y durante un año la engañé, haciéndola creer que alguna vez me casaría con ella, pude haberla hecho creer que mi amor continuaba siendo el mismo é idénticas mis intenciones, y á mi regreso de México haber reanudado con ella mis relaciones.

»Pero el mal no tiene remedio, no obstante lo cual, si la ocasión se presenta, intentaremos ponérselo.

»Voy á concluir.

»El judío Isaac pondrá en tus manos veinte mil duros en cuya cantidad le he empeñado por cinco años la casa de mi propiedad que habita Isabel.

»Yo tendré cuidado de enviarte otras cantidades en cuanto la condesa me haya hecho cargo de la administración de los bienes de mi futura.

»A propósito de Isaac.

»Es un miserable.

»Si no tienes con él todo género de precauciones, puede el mejor día cometer una necedad.

»Supone que amo todavía á Isabel y que ésta me domina.

»Por ambas razones me cree incapaz de llevar adelante mi empresa matrimonial con la joven Catalina, cuyo capital debe servirme para saldar mis deudas y me ha amenazado con que á la primera noticia que tenga de que yo comience á ceder, tales pasos ha de dar que hará imposible todo ulterior arreglo entre Isabel y yo.

»Isaac es capaz de cualquier infamia, y bastantes he cometido ya con esa pobre mujer para que sea necesario que ese miserable la haga más desgraciada.

»Voy á concluir, y por segunda vez lo digo.

«Disculpa lo largo de esta carta, cuyo contenido juzgarás, sin duda, una nueva indignidad.

«El tiempo que en escribirla he puesto podría haberlo dedicado á decirte de palabra.

«Pero no me arrepiento.

«No me habrías querido escuchar con paciencia; hubiéramos altercado y quizás hubieras hecho lo que hacer no quisiste á orillas del Guadalquivir: atravesarme con tu espada.

«Adios mi buen Carvajal; amigo fuiste en efecto de un infame y un villano; pero la dura necesidad es la que á tal abismo me arrojó.

«Mi tía la condesa de Peralta tiene en ello no poca culpa.

«¿Para qué me ha invitado á pasar á México á encargarme de la administración de sus cuantiosos bienes y ha llevado su amabilidad al extremo de brindarme con la mano de mi encantadora prima?

«¿Hasta he llegado á creer que Catalina será capaz de enamorarse perdidamente de mí!

«Está visto; Isabel está de tan mala suerte, como de buena lo estoy yo.

«Adios, Bernardo de Carvajal; no olvides á tu amigo del alma.—JERÓNIMO RUIZ.»

Cuando Carvajal concluyó de leer la cinica carta anterior estaba pálido, tan pálido como la cera.

—No sólo,—dijo,—es un infame y un villano; es tambien un necio: estas bajezas pueden pensarse y decirse, pero no es prudente escribirlas.

Capítulo VIII

¡Adios!

BERNARDO de Carvajal no intentó siquiera recogerse en su cama, ni dormir un rato.

Mantúvose en persistente y dolorosa vigilia.

—¡Pobre Isabel!—se dijo á sí mismo en su pensamiento.

Niña aun y condenada á amar á tan miserable hombre.

¡Pobres mujeres!

¡Ay de la que cae! ¿quién osará levantarla?

La amo, la amo con todo mi corazón y de todo me creo capaz por ella; de todo menos de lo único que verdaderamente podría salvarla: olvidarlo todo y casarme con ella.

¡Imposible! ¡Ay de la que cae! ¡nadie osará levantarla!

Procuraría yo olvidar lo pasado, y el mundo, la so-

ciudad me lo impondrían con sus maliciosas burlas.

Ella misma, salvada por mí, amparada por mí, quizás el día de mañana compararía mis caricias con las caricias de Jerónimo Ruiz, y tal vez echaría de menos las del amante, más apasionadas, más ardientes que las del marido.

No; ¡ay de la que cae! ¡nadie osará levantarla!

Y... su hijo; ese inocente niño vendría traído por mí, á robar á mis hijos legítimos una parte del calor de su hogar y otra de sus bienes de fortuna, y otra de su nombre y...

¡Imposible! ¡no tengo valor para ello!

¡Pobre Isabel! faltas como la suya tan sólo puede perdonarlas Dios.

Este insensato amor que por ella siento, debe salir de mi corazón aunque al arrancarle de él deba á la vez arrancarme la mitad de la vida y su única risueña ilusión.

Todo puedo darle, todo menos mi nombre, que con su desgracia mancharía.

Ella misma lo ha comprendido así y supo sacrificarse para enseñarme que no tengo derecho á hacer más grande su desgracia.

Porque la haría; estoy seguro de ello.

Está en mi carácter, demasiado pundonoroso quizás.

Toda la energía de mi voluntad no sería bastante á salvarme de tener celos del pasado.

Y si yo no pudiese acallar esos celos, la haría muy desventurada; sí, porque sería capaz de aborrecerla cuanto más me amare ella.

La mujer debe venir virgen y pura al altar del matrimonio.

Sin ello, la paz y la felicidad del hogar son imposibles.

Si creyéndome feliz con ella, un día nos encontrásemos con Jerónimo Ruiz, y al vernos se dibujase en sus labios una leve, la más leve sonrisa....

¡Oh! no quiero pensar lo que yo me imaginaria que aquella sonrisa leve, muy leve, podría significar.

¡Ah! ¡por qué cuando me dijo: mátame ó déjame en libertad, fui tan débil y generoso que no le maté?

¿Qué justicia ni de la tierra ni del cielo podría haberme castigado por la muerte de un miserable como él?

¡Hoy es ya imposible!

¡El infame ha huido de mí!

¡Pero ay de él!

El mismo ha puesto en mis manos su castigo y mi venganza.

Esta carta, este libelo por él mismo escrito contra él mismo, le dará su castigo y me proporcionará mi venganza.

¡Necio!

¡Esas bajezas pueden pensarse, pueden cometerse, pueden hacerse, pero no deben escribirse!

Bernardo de Carvajal tomó de nuevo en sus manos la cínica carta de Jerónimo Ruiz y después de envolverla en varios papeles, la encerró en una cubierta que ató después con una delgada cinta de seda, cuyos cabos sujetó con un sello de cera sobre el cual imprimió un escudo de armas grabado en la piedra de un anillo.

Hecho esto colocó el grueso paquete que de la envoltura resultó, en el cinturón de su espada, y por ser ya

próxima la hora de su cita con Isabel, salió de su casa precedido por dos pajes que llevaban cada uno de ellos, por ser aún de noche, dos faroles con bujías de cera encendidas.

Isabel estaba ya dispuesta á partir.

Un criado suyo tenia en las manos un paquete ó bulto, relativamente poco voluminoso.

—Ese es todo vuestro equipaje?—le preguntó Bernardo de Carvajal.

—Sí,—contestó la joven,—llevo conmigo las prendas y objetos que vos me habéis en diversas ocasiones regalado.

Para proveerme de lo más indispensable hice que una de mis doncellas saliese á vender el rico cintillo de diamantes con que me obsequiasteis el último día de mi santo.

Me lo han pagado bien; era en verdad una valiosa alhaja.

Podéis asegurar á Jerónimo Ruiz que nada absolutamente nada que sea suyo, excepción hecha de mi deshonra y mi vergüenza, llevo conmigo.

Podemos partir cuando gustéis.

—Esperad un instante,—dijo Bernardo de Carvajal casi ahogado por las lágrimas que se empeñaba en no dejar salir á sus ojos.

—¿Tenéis alguna recomendación que hacerme?

—Sí tengo, pero antes juradme por lo que más sagrado haya para vos, que atenderéis religiosamente mi recomendación en todas sus partes.

—Sea la que fuere esa recomendación; juro por el perdón que de Dios espero obtener, que la atenderé religiosamente en todas sus partes, como me lo pedis:

—Bien está,—repuso Bernardo de Carvajal, y sacando de su cinturón el paquete sellado y formado con la carta de Jerónimo Ruiz, lo pasó á manos de Isabel, diciéndola:

—Tomad este pliego y guardadle donde podáis tenerla completa seguridad de que no podéis perderle.

Tomó la joven el pliego y envolviéndole en un pañuelo de seda le guardó en su seno diciendo:

—Porque de vuestras manos viene, aquí en mi seno os juro que le guardaré.

—Bien está: mucho honor es para ese pliego, pero merece que ahí le guardéis.

Ahora, escuchadme y no olvidéis lo que habéis jurado.

—Podiera suceder que nuestras tentativas para obligar á Jerónimo Ruiz á dar su nombre á su hijo, no diesen resultado.

Debemos ponernos en lo peor.

—Tenéis razón, proseguid.

—En ese caso cuando estéis enteramente segura de que Jerónimo Ruiz va á casarse con la hija de la condesa de Peralta, de manera que os conste que llegará, haced llegar ese pliego á manos de la susodicha hija de la condesa, recomendándole que le abra y lea.

—Así lo haré; os lo he jurado.

—Última recomendación: por ningún estilo, con ningún pretexto tratéis jamás de averiguar lo que ese pliego contiene, ni le confiéis á persona alguna, ni digáis á nadie que con vos y sobre vos le lleváis.

—Así lo haré, Bernardo de Carvajal.

—Así lo espero Isabel de Carvajal; ya sabéis que Carvajal es de hoy más vuestro apellido.

—Le acepto como el más grande favor que dispensarme podéis: no soy digna de llevarle ni aun así; pero él debe protegerme por ser el del mejor y más honrado de los hombres que conmigo han tratado.

Y ahora partamos si habéis concluido: no quiero atormentaros mucho tiempo y leo en vuestro rostro lo que padeciendo estáis.

Bernardo de Carvajal nada pudo responder: más fuertes que su voluntad sus lágrimas corrían en abundancia de sus ojos y resbalaban hasta sus labios que las bebieron encontrándolas amargas como el acíbar y la hiel.

Isabel lo notó y con voz segura y firme le dijo:

—¿Qué es eso, Bernardo de Carvajal? ¿Será necesario que yo os enseñe á tener valor?... En marcha, en marcha: la nave debe partir al amanecer y ya el cielo comienza á aclarar.

Carvajal y los criados obedecieron sin pronunciar palabra alguna, y siguieron á la joven que después de arrojar una última mirada llena de reconocimiento sobre Bernardo, cubrió su rostro hermosísimo con su luengo y tupido velo á fin de poder llorar á sus anchas y sin que sus lágrimas se viesan.

Por fin entraron en la nave y después de haber sido presentada á su compañero Juan Ponce de León y de haber permitido á Beltrán que en su delicada mano depositase un largo y ardiente beso, Isabel se encerró en la cámara que le estaba destinada y que Carvajal había cuidado de que estuviese alhajada y dispuesta como para una reina.

La *Santa Marta*, que este era el nombre de la nave, concluyó de desplegar sus velas teñidas de color de rosa por las primeras luces del día.

El ancla llegó á sus topes, entre las acompasadas y melancólicas y unísonas voces de la marinería, y el buque se desprendió en gracioso balanceo de la orilla y comenzó á bajar con la corriente del Guadalquivir.

—¡Adios!—gritó Isabel de Rioja agitando su pañuelo por el ventanillo de su cámara.

—¡Adios! repitió Juan Ponce de León, saludando desde la cubierta.

—¡Adios!—dijo á su vez Bernardo de Carvajal, que avanzando algunos pasos habriase caído al río, á no haberlo detenido por las ropas unos de sus criados.

Cortos momentos después, el casco del buque desapareció detrás de las curvas orillas y sólo permitió que se viesan los extremos superiores de su arboladura.

Bernardo de Carvajal vacilaba sobre sí mismo como batido por encontrados huracanes.

—¿Qué tenéis, señor?—preguntó uno de sus criados.

Carvajal buscó en vano en el cielo los extremos de los mástiles de la *Santa Marta*.

—No sé qué tengo,—contestó,—vámonos á casa, pero dame tu brazo para que me apoye en él: sin duda me ha mareado la impetuosidad de la corriente del Guadalquivir.

El criado miró con asombro á su amo: parecía en efecto mareado, no podía dudarle, pero allá para sus adentros dijo:

—¡Bah! ¡no es para tanto que deba llamársele impetuosa!

Cuando Carvajal entró en su habitación y se vió solo,

de nuevo volvió á llorar como un niño, y al cabo de un rato que pudo serenarse algun tanto, dijo en alta voz y como si alguien necesitase convencerse de ello:

—¡Qué cobarde es el hombre para tomar grandes resoluciones!

LIBRO III

LA CONDESA DE PERALTA

LIBRO III

LA CONDESA DE PERALTA